

Verónica CORTÍNEZ

*Bálsamo de Fierabrás*

Cuando llegué a Harvard en 1981, nunca imaginé que, muchos años después, me daría tanta pena la muerte de nuestro querido Paco. Al contrario, en un comienzo nos parecía un profesor más bien desagradable, al que criticábamos e imitábamos con placer, “rigurosamente, rigurosamente, rigurosamente”: exagerado con sus latinazos, exigente con lo que nos parecían tonteras (¡pero, cómo, ¿había de verdad que saberse de memoria todos los ingredientes del bálsamo de Fierabrás?!), acaso injusto con los estudiantes puertorriqueños cuyo español quería mejorar (como esa “horrorosa falta de ortografía” marcada con rojo en un trabajo de Diana Guemarez por una coma mal puesta o algo así), desmedido en su admiración por Américo Castro y su odio a Borges, y un largo etcétera... Pero, a fin de cuentas, poco me importaba, pues yo había ido a estudiar literatura hispanoamericana con Jaime Alazraki (aunque terminé escribiendo mi tesis con Claudio Guillén) y ese era problema de mis compañeros.

Recuerdo que fue Félix Martínez Bonati, durante una caminata por Harvard Yard, quien corrigió mi error: todos tenemos defectos y Márquez Villanueva era uno de los más grandes especialistas del Siglo de Oro español. Yo ciertamente tenía mucho que aprender de él. En efecto, de ahí en adelante, disfruté de todas sus clases, en las que me sentaba siempre en primera fila, aun (con el perdón de mis compañeros, especialmente de Lourdes Dávila) en el asiento más cercano al suyo para no perder palabra. Incluso recuerdo casi de memoria aquellas clases tuyas a las que solo accedí a través de los apuntes de mi amigo Roberto Díaz, como el seminario de Santa Teresa y el de la novela morisca (porque Paco no repetía jamás un seminario, que dictaba solo cuando estaba escribiendo un libro sobre el tema).

Con el tiempo, inauguramos las tertulias en Adams House, donde Steven Gilman y Paco Márquez eran nuestros más fieles y entusiastas interlocutores. Ocasionalmente se aparecían Claudio Guillén, Juan Marichal o algún otro profesor, pero lo único constante, además de las tortillas de Harry Vélez, eran Steve y Paco. Fue entonces que empezamos a tenerle cariño. Paco nos invitaba a su casa (donde Teresa nos enseñaba a bailar sevillanas), toleraba nuestras dudas e inquietudes, nos acogía en su oficina de Widener #476, nos prestaba libros y estaba dispuesto a pasar las horas que fueran necesarias para ayudarnos, es decir, se transformó en un maestro de verdad, al que además pudimos empezar a tutear con el apretón de manos que nos daba después de aprobar los exámenes doctorales: “Ahora somos colegas, ya puedes tutearme y decirme Paco”.

Cuando llegué a UCLA como profesora y estaba dictando mi primer seminario sobre la prosa del siglo XVI, de pronto me asaltó ya no recuerdo qué duda sobre Nebrija y Juan de Valdés. Esa tarde (casi noche en Boston) llamé por supuesto a Paco; me pidió que lo llamara de nuevo en unas horas. Entretanto se dedicó a revisar todo aquello que podía serme útil y nuestra conversación duró varias horas, más allá de la medianoche, como les conté años después a mis alumnos para que supieran de dónde provenía tanta erudición.

A fines de abril de 2002, mi querido colega Carroll B. Johnson y yo organizamos en UCLA una gran conferencia en honor suyo: “Pacíficas Convivencias: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva”, hasta donde llegaron alumnos y colegas de todas partes. Paco estaba realmente emocionado. Y también todos nosotros, al igual que en el homenaje que le hicieron en Harvard Mary Gaylord, Luis Girón y Ángel Sáenz-Badillos en enero de 2003.

Mi último intercambio con él fue a raíz de un artículo que yo escribía sobre Bernal Díaz del Castillo. Me asaltaron dudas respecto del linaje de su familia y una vez más recurrí a la sabiduría y generosidad de Paco. Al día siguiente, me mandó por correo un libro publicado en Medina del Campo, no disponible en ninguna parte, que me permitió profundizar en mis investigaciones. Ahora me reconforta haber terminado ese artículo, publicado en la *NRFH* en 2010, con un cálido agradecimiento a mi querido profesor Francisco Márquez Villanueva. Pero lamento no haberle devuelto nunca el libro, que ahora me mira desde mis estantes y me hace sentir la gran pérdida de ese hombre que amó como pocos la cultura hispánica y al que tantos de nosotros le debemos tanto, y espero seguir exigiéndoles a mis estudiantes poner las comas en el lugar exactamente correcto.

Verónica Cortínez (University of California, Los Angeles)